

sér que más me quiere, y á quien más debo sobre la tierra. Sólo por eso lamento que nada valgan, aunque por excelentes que fuesen, nunca bastarían á pagar la deuda de mi gratitud infinita.

Si la prensa y la crítica se dignan parar mientes en mi humilde libro, le harán señalada merced aun con el hecho de combatirlo, pues lo natural es que, á pesar de ver la luz, se quede hundido en la sombra. Los seres para mí caros que lleguen á leer estos versos, consagren un recuerdo de cariño, no al escritor, que nada merece, sino al amigo que los quiere tanto.

Antonio Zaragoza.

Tepic, julio 14 de 1889.

A MI PATRIA.

Yo te saludo, Virgen de Occidente!
De mil tesoros te dotó natura;
Tu sol luce radiante allá en la altura;
Brilla la libertad sobre tu frente.

Bondadoso te dió el Omnipotente
Grandes praderas de eternal verdura,
Ríos inmensos de corriente pura,
Un cielo azul y perfumado ambiente.

¡Ojalá que en los fastos de la historia
Brille tu ejemplo, grande, sin segundo,
Y te arrulle en sus brazos la Victoria!

¡Quiera el Supremo Autor, el Dios fecundo,
Cercar tu nombre de fulgente gloria
Y hacer de tí la admiración del mundo!

Guadalajara, mayo 4 de 1870.

PG
Z
V

EL ARPA.

(LEYENDA SUECA.)

Era una noche del invierno helado
Y cubría la nieve el triste suelo;
La amarillenta luna
Brillaba opaca en la mitad del cielo.
A su cabaña mísera volvía
Guemar el desdichado;
Mil lágrimas vertía,
Los tristes ojos en el cielo fijos,
Al ver que no tenía
Ni un pedazo de pan para sus hijos.
Dos niños presurosos
A su encuentro salieron
Y con doliente voz así dijeron:
—Padre, tenemos hambre;
Un pedazo de pan danos siquiera.
—Hijos míos, les dijo sollozando,
Bien dárosle quisiera;
Pero la suerte airada
Me persigue tenaz; no tengo nada!
—Cuando murió nuestra adorada madre
Nos diste pan con lágrimas regado;
¿Fué el último tal vez, oh padre amado?
—¡Esperemos en Dios! Tal vez mañana

Próvido nos dará nuestro sustento.
Recobrad, entretanto, hijos queridos,
Vuestro dulce contento.

Dice, y un canto lanza,
Unido de su arpa al blando acento,
Que suena cual un eco de esperanza
Y de sus hijos calma el sufrimiento.
Estos ya no se quejan,
Absortos por la célica armonía;
Aquel canto divino los conmueve,
Reverbera en sus rostros la alegría.
Viene poco después el grato sueño
Y les presenta el porvenir risueño.

El padre dice al Dios de los que sufren,
De terrible dolor el alma llena:
¡Eres, en los dolores, el consuelo;
Alíviales sus males,
O líbralos, te pido, de su pena
Y que sólo despierten en tu cielo!

Se condolió el Señor al ver de un padre
El dolor tan profundo.
No despertaron ya los pobres niños,
Y la muerte, la gran consoladora,
Llevó dos nuevos ángeles á un mundo
Donde nunca se llora.

Guadalajara, octubre 6 de 1870.

CÓMO LA AMÉ.

PG
Z
V

Sintió, al verla, mi alma
Nuevas indefinibles impresiones,
Extrañas emociones
Que turbaron mi calma.
Y tuve siempre desde aquel momento
Un vago sentimiento,
Algo más que una ardiente simpatía,
Que á ella me atraía
Y llenaba de luz mi pensamiento.
Desde antes de mirarla, la veía;
Antes de conocerla la soñaba;
Mi alma la presentía;
Sin saber qué era amor, yo ya la amaba.
Y en infinito anhelo
Fuí hácia ella buscando la ventura,
Como va el ave á la región del cielo
Y como va el arroyo á la llanura.
Escuchaba su voz el alma mía
Como escucha el viajero solitario,
Perdido en noche umbría,
La campana de albergue hospitalario
Sentí el amor; pero callé su nombre;
Y, al fuego de ese plácido cariño,
Yo conocí que el niño
En mí dejaba ya su puesto al hombre.

Guadalajara, diciembre 2 de 1870.

MEDITACIÓN.

(EN UN CEMENTERIO.)

Es la última hora de la tarde,
La hora melancólica y solemne
En que el poniente sol apenas arde,
Y el ruído se extingue lentamente.
Pálidos rayos moribundo lanza
El rey del día que en ocaso muere,
Ya se oculta por fin en lontananza,
Y ya va la natura á recogerse.
Cerrando están sus pétalos las flores,
El dulce sueño por doquier se extiende
Y los errantes pájaros cantores,
Al avanzar las sombras, enmudecen.
Ya la noche por fin tendió su velo,
Y ya las sombras á la tierra envuelven;
Comienzan á brillar allá en el cielo
Esos mundos de luz resplandecientes.
Y ya la brisa de la noche zumba
Los árboles moviendo dulcemente;
Gira en torno de tanta y tanta tumba,
Exhalando un gemido que entristece.
El ángel de la vida en esta hora
Ante el Señor se postra reverente,
Y pide que los rayos de la aurora
Un nuevo día alumbren refulgentes.
La hora que sonó ya está perdida,
Al tiempo nada en su volar detiene,

Y un día más de nuestra frágil vida
Entre las sombras del no ser perece.
¿Pór qué cobrar amor á la existencia
Que pasa, cual un sueño, brevemente?
Dura lo que del arpa una cadencia
Que resuena un instante . . . y luego muere.

Se encuentra aquí la calma ya perdida
Que en ninguna otra parte hallarse puede;
Este sitio tranquilo nos convida
A disfrutar en él quietud perenne.

Yo me siento feliz, porque la noche
Dulce armonía para mi alma tiene;
Cuando duermen las flores en su broche,
Sentimientos divinos me conmueven.

Me parece escuchar ecos remotos
De armoniosa música celeste,
Y los cantares plácidos ignotos,
Que alza al Señor el ángel reverente.

Ah!—¡qué consoladora es la creencia
De que las almas á la tierra vuelven,
De los que ya dejaron la existencia
Para habitar en la región celeste!

No sé qué simpatías no olvidadas
Tienen los vivos que á este sitio vienen,
Con las generaciones ya pasadas
Que aquí, en sus tumbas, solitarias duermen.

No creo que el cariño tan profundo
Que en vida nos unió, rompa la muerte;
No; los que nos amaron en el mundo
¿Cómo olvidarnos desde el cielo pueden?

Cuando reina doquiera dulce calma,
Y cuando todo en nuestro mundo duerme,
Tal vez junto á nosotros está el alma
De algún ser que olvidarnos aun no puede.

¿Las almas de los seres que pasaron,
De felices regiones se desprenden,
Para velar por los que mucho amaron
Con cuyas almas á juntarse vienen?

¿Cuando entreabren sus pétalos las flores,
Exhalando un perfume que adormece,
De entre sus dulces, mágicos olores
Las almas de los muertos se desprenden?

¿Acaso en esos rayos vacilantes
Que lanzan las estrellas débilmente,
Con nosotros vendrán almas errantes
Que sublimes recuerdos nos ofrecen?

¿Ese melodioso y triste acento,
Esos dulces cantares, se desprenden
De las almas que vagan en el viento
Y hablan al corazón que las comprende?

Mas son tan sólo dulces ilusiones;
No puede ser: los muertos ya no vuelven;
Que las almas que van á otras regiones
Ya nunca, nunca á nuestro mundo vienen.

Cuando veo un reposo tan profundo
Extrañas emociones mi alma siente,
Y traspórtome luego á un bello mundo
En donde encuentro á los que amara en éste.

Me dicen que la muerte es nueva vida
En mundos donde el gozo dura siempre,
En la mansión gloriosa, circuída
Por los rayos del Ser omnipotente;

Que sólo allí se goza dulce calma;
Que sólo allí dolores no se sienten;
Porque tan sólo allí disfruta el alma
Eterna dicha que acabar no puede.

LA GUERRA CIVIL.

A mi querido tío Ignacio Solís.

Sordo rumor de tu extendida tierra
Se escucha por doquiera, patria mía,
Con eco atronador clamando *guerra*,
Del Oriente al Ocaso,
Como del Septentrión al Mediodía.

Guerra, se escucha en los inmensos valles,
Y, *guerra*, se oye en los altivos montes;
¡Todo es desolación, lágrimas, ayes!

Y la fértil llanura,
En donde antes mirábase contento
Al labrador los campos cultivando,
Tierra estéril es hoy que va regando
Ancho raudal sangriento.

Todo arruinóse, aldeas y ciudades,
Y una huella terrible van dejando
De la revolución las tempestades.

¿Mas qué bárbaro estrago
Hace que á tu antes floreciente suelo
Cubra de sangre humana extenso lago
Y que gritos de horror suban al cielo?

¿Es que nos ha invadido el vil soldado
De naciones hambrientas y rapaces
Que hollando están nuestro pendón sagrado
Con la vileza de que son capaces?

¿Quién así nos provoca?
¿Quiénes son los terribles contendientes?
Oh!—¡con vergüenza lo dirá mi boca!—
Son los egregios hombres,
Los de Paso del Norte, los de Puebla.....
Mas hoy cubre sus nombres
De la revolución la oscura niebla.

¡Y ahora por vosotros se derrama
Sangre de mexicanos inocentes!
Ved que la sangre clama
Venganza al cielo, y la tendrá cumplida,
Porque pondrá el Señor en vuestras frentes
El sello de Caín el fratricida.

¡De las sienas quitad vuestros laureles,
Por el suelo arrojad vuestras coronas,
Vuestra falsa grandeza es usurpada!
¡Nunca entrareis al templo de la gloria,
Porque está vuestra espada
Con la sangre de hermanos empapada,
Y allí tan sólo irán los que la frente
Con la oliva de paz tengan ornada!

Cuando os vea en sus lóbregos dinteles
La eternidad inmensa,
Pidiendo á Dios justicia ó recompensa,
Si sangrientos llevais vuestros laureles,
¿No temeis escuchar del Soberano:
“Díme, Caín, qué has hecho de tu hermano?”

*
*
*

Ved cuál se cierne la espantosa muerte
Hiriendo por doquier los corazones;
¡La víctima que al golpe queda inerte
Contra un hermano lanza maldiciones!

Cuando el cañón retumba,
¡Mirad, mirad, las sombras de los héroes
Indignadas alzarse de su tumba,
Al contemplar la guerra fratricida!

Mirad, no orgullecida
Está con el laurel su noble frente,
Vedla, al contrario, mustia y dolorida,
Hacia el suelo inclinarse tristemente.

“Hijos!—exclaman con su voz doliente,—
¿Por qué estais marchitando
Nuestro laurel de gloria,
Acaso no sabeis que estais formando
El inmenso borrón de nuestra historia?”

*
*
*

Vosotros, combatientes sin conciencia,
Vosotros, los patriotas embusteros,
Vosotros sois capaces
De vender vuestra gloria, como Judas
A su señor vendió, en treinta dineros!
Vosotros que invocais de patria el nombre,
Y su engrandecimiento y su riqueza,
La dejareis hundida en la pobreza,

En el llanto y el duelo,
Y con vuestra ambición estais sembrando
De cadáveres mil su rico suelo.

¡Se teñirán de sangre
Los ríos, y después en su corriente
Llevarán á los grandes oceános,
Cuánta corona de laurel marchita,
Cuánto cuerpo de hermanos!

Detened, insensatos, vuestra furia,
Cese ya la matanza, cese el duelo;
Mirad que por la sangre derramada,
Vendrán rayos del cielo
A romper vuestra frente ensangrentada.

¿Creeis acaso, ilusos,
Al devastar nuestra angustiada tierra,
Que la luz de las ciencias y las artes
Brotará de la antorcha de la guerra?
¡Qué engañados estais!—su luz que aterra
Desolación alumbra en todas partes.

Pueblo!—no olvides mis palabras nunca:
Si quieres que en el libro de la historia
Brille tu nombre grande y refulgente,
Que la oliva de paz ciña tu frente,
¡Sólo ella da la verdadera gloria!

Guadalajara, diciembre 5 de 1871.

CREACIÓN.

Habló el Señor, y á su divino acento
Llenaron el espacio
Los mundos en continuo movimiento.
Al eco de su voz, el sol ardiente
El caos disipó triste y sombrío,
Arrojando su luz resplandeciente
Por la extensión inmensa del vacío.
La luna, arrobadora,
Lució como una antorcha de consuelo,
Para alumbrar al que en la tierra llora,
Por la mano de Dios puesta en el cielo.
Y á todo lo creado
Dió el Hacedor espléndida belleza,
Para que fuera digno
De su augusta grandeza.

Y de los mundos el Autor Supremo,
Que nunca nadie á comprender alcanza,
Después de maravillas tan sublimes,
Hizo aún mucho más, porque hizo al hombre
Y á su imágen formóle y semejanza.
Luego, del Creador una sonrisa,
A la mujer formó, cándida y pura;
Hízola tan hermosa el Infinito,

Que henchido de placer miró su hechura.
Y al unir su existencia
Para que compartieran la fortuna,
Corazón más sensible dió á la una
Y al otro más profunda inteligencia.

El alma es el más grande de los seres
Que habitan en el mundo,
Porque le dió el Señor la inteligencia;
Puede romper de la ignorancia el velo
Y en alas de la ciencia
Remontarse hasta el cielo.

¿De qué les sirve á los fulgentes astros
Hacer brillar sus luces de diamante,
Si no tienen una alma cual la mía
A la del Ser divino semejante?
¿De qué le sirve al sol, al sol inmenso,
Derramar á torrentes luz y vida
Con su rayo fecundo,
Si no puede exclamar "yo también pienso,"
Si conocer no puede al que hizo al mundo?
¡Oh sol, yo te lo digo, no te asombre
Este mi altivo acento,
Soy más grande que tú, porque soy hombre,
Porque me dió el Señor el pensamiento!

¡MUDO!

Ay! con tristeza pienso
Que falta inspiración al pecho mío.
¿Por qué mi canto es frío
Si ardiendo estoy en entusiasmo inmenso?

¡Qué sinsabor impío
Es sentir á nuestra alma que delira
En arrebató ciego,
Tener el corazón lleno de fuego,
Y al ir á alzar un canto con la lira,
Sentir que su armonía no responde
Al delirio febril que nos inquieta,
Y no saber en dónde
Se halla la inspiración, luz del poeta!

Entonces nuestro espíritu oprimido
Se siente, como el águila atrevida
Que osa medir al sol con su mirada,
Que quiere remontarse al mismo cielo,
Y al ir á alzar su poderoso vuelo
Se mira, en una roca, encadenada.

¿Por qué siento en la mente
Sublime conmoción, delirio ardiente,

Y alzar no puedo un himno soberano,
Cual nunca le ha escuchado oído humano,
Que el pecho inflame con su ardor profundo,
Que asombre con su inmensa valentía,
Que llene los espacios de armonía,
Que eleve el alma, que conmueva el mundo?

Guadalajara, marzo 9 de 1872.

A DOLORES.

Es raro lo que yo siento,
Y, por más que esto te asombre,
Es tu caprichoso nombre
En singular mi tormento,
En plural mi arrobamiento,
Mi sola ilusión querida;
Palabra ansiada y temida,
Pues, por una extraña suerte,
Si el dolor me da la muerte,
Dolores me da la vida.

Junio 30 de 1872.

JUAREZ.

Son cercueil est fermé: Dieu l'a jugé.—Silence!
(LAMARTINE.)

Murió . . . La muerte en su incansable vuelo
Al héroe se acercó, tocó su frente,
Y cayó desplomado por el suelo,
Como cae la encina cuando el rayo
Viene terrible á herirla desde el cielo.

¿Y pudo así morir, quedar inerte,
El héroe, y no por grande
Le perdonó la inexorable muerte?

Ahora nuestros ojos
Contemplan con tristeza los despojos
Que ya no ha de animar con su alma inmensa;
El que tan colosales pensamientos
En un tiempo abrigara . . . ya no piensa!

Esa olímpica frente,
Asiento de aquella alma soberana,
Y esa boca elocuente,
Y ese pecho potente,
En polvo vil se tornarán mañana.

¡Miseria humanidad, oh, cuán mezquino
Es siempre tu destino!
¿A qué sirve la gloria,
Si los héroes más grandes de la tierra
También se han de trocar en vil escoria?

Pero si se anonada, si se extingue
La materia mezquina,
Nunca como ella se destruye el alma,
Esa chispa divina,
Que si aquí bien obró, pasa á otro mundo
Del premio á recoger la excelsa palma.

La muerte no es la destrucción, la nada;
La tumba no es el fin de la jornada;
De otros días más bellos es la puerta;
Cuando la vil materia ya está yerta
Y la vida del cuerpo concluida,
Empieza el alma su gloriosa vida.

Cual marino que surca el mar inmenso
Y toca al fin la playa misteriosa
De algún puerto ignorado.
De sombras y misterio rodeado;
Así, Juarez, llegaste,
Tan sólo de tu gloria acompañado,
A la sombría eternidad, y osado
Pasaste de otro mundo los dinteles,
Volviendo coronado de laureles
Al Dios potente que te había enviado.

El tiempo en su carrera
Sin cesar el recuerdo va borrando
De las grandes acciones de este suelo;

Pasan para perderse en el olvido
 Esas grandezas que el humano admira;
 Como pasó la gloria de Alejandro,
 Como pasó la pompa de Palmira!
 Mas no morirá nunca la memoria
 De los ilustres hombres
 Que hicieron á la patria independiente;
 Los siglos al pasar junto á sus nombres
 Les dán un brillo más resplandeciente.

Quando se pierde el sol en el ocaso
 No se extingue su luz, sino que brilla
 Allá en otras regiones, más fulgente;
 Tú, como él, ¡oh, Juárez!
 Hoy tienes nueva gloria;
 Aunque cubrió la noche
 De la muerte sombría,
 Tu material cubierta, hoy para tu alma
 Brilla la aurora del eterno día.

Ahora que la muerte
 Inmortaliza tu preclaro nombre,
 Vengo á poner, ilustre mexicano,
 Las flores del recuerdo en tu sepulcro
 Con temblorosa mano.

Morir lleno de gloria fué tu suerte;
 La América y la Europa silenciosas
 Contemplan el sepulcro do reposas
 En el misterio augusto de la muerte.

Yo no vengo á verter el triste llanto
 Que de pechos vulgares se derrama,
 Eso sería mengua de tu fama!

Vengo á elevarte un canto,
 Pobre tributo á quien merece tanto.

Que el triste lloro cese,
 Ya universal elogio se levanta;
 Que cuando muere un hombre como ese
 No se llora, se canta!

¡Y, cómo he de llorar, si fué tu muerte
 Sublime apoteosis,
 Si hoy se apresura México á ofrecerte
 Una página de oro de su historia,
 Y en los pechos patriotas mil altares
 Donde culto se rinde á tu memoria;
 Si un mundo entero á consagrarte viene
 De su cariño las hermosas galas,
 Si el tiempo en tu sepulcro se detiene
 Y te cubre la gloria con sus alas!

¡Oh Juárez! tu memoria
 Brillará como un sol en nuestro cielo;
 Más grande harán los siglos en su vuelo
 El pedestal de tu suprema gloria!

¿Quién podría olvidarte
 Recordando tus ínclitas acciones?
 Dijiste: "¡la luz brille del progreso!"
 Y disipaste con tu voz terrible
 Las tinieblas de oscuro retroceso.

Quando gemía nuestra patria bella,
 Siendo herida de muerte
 Por viles extranjeros y traidores,
 Sufriste los reveses de la suerte

Sin abatirte nunca, desplegando
 Tu energía severa,
 Tu inquebrantable calma
 Y la grandeza sin igual de tu alma.

No temiste las rudas tempestades
 Y guardaste de México la gloria,
 De admiración llenando á las edades.

Tan fuerte fuiste tú cual la palmera
 Que desafía el ímpetu del viento,
 Y si la dobla el huracán violento
 Se levanta otra vez más altanera.

Del desierto en los vastos arenales,
 Sin dejarle extinguirse ni un momento,
 De libertad guardaste el sentimiento,
 Cual guardaban el fuego las vestales.

México entero te aclamó en el día
 En que, al cumplirse tu ferviente anhelo,
 El trono del imperio sucumbía,
 Y de la patria en el radiante cielo
 El sol de la República lucía.

Triunfaste del tirano que iracundo
 Sus rayos contra tí vibraba en vano,
 Y celebró tu triunfo sobrehumano
 La poderosa voz de todo un mundo.

.....
 ¿Mas, qué negro recuerdo de repente
 Viene cruel á entristecer mi mente?
 Ah! errores tú sufriste
 Y tus grandiosos hechos olvidaste;

Mas cual disipa el sol la noche oscura,
 De tus faltas así la niebla impura
 Con el sol de tu genio disipaste.

Después de tus errores
 Te absolverá la historia;
 Si grandes fueron ellos,
 Mas grande aún, ¡oh Juárez! fué tu gloria!

¡Olvido que la habías empañado,
 No quiero con mis juicios ofenderte;
 Te liberta el asilo de la muerte;
 Ya Aquel que no se engaña te ha juzgado!

Guadalajara, julio 20 de 1872.